



FINALISTAS

**X CONCURSO
DE MICRORRELATOS**

**"DE PASEO POR
EL PRADO
Y
EL BUEN RETIRO"**

bibliotecas.madrid.es



**BIBLIOTECAS
PÚBLICAS
MUNICIPALES**

1er PREMIO

La cuerda de luz (María José Flores Ortiz)

Francisco estaba listo para empezar a pintar, cuando observó que el pequeño Pedro había extraviado el cordel de su carroza de juguete. Después de mucho buscar sin encontrar, logró que el niño posara sobre un cojín, a los pies de su madre, y sujetara el carruaje con una insólita "cuerda mágica". Aquel día daba los toques finales al retrato, cuando las musas se abrazaron a sus manos e inmortalizaron sobre el lienzo, desbordada de blancos, plateados y grises, una preciosa huella de sol. Hoy cuentan que un despeinado Francisco recorre El Prado de vez en cuando. De sus dedos iluminados son testigos de excepción aquellos siete borrachos, los pastores y todas las almas del jardín... En el silencio de la noche, sonrío, mientras contempla, una vez más, la inocente mirada de Pedro y, con un pincel peregrino, retoca la inmortal cuerda de luz que sostiene entre sus manos.

2º PREMIO

Rosaleda (Ismael Sobrino Tena)

Era la rosa más hermosa, la reina del Retiro. Todo aquel que paseaba por la Rosaleda se detenía frente a ella, admirando el vivo color de sus pétalos, rojos como la sangre. Las flores la envidiaban. Jamás serían tan bellas como aquella rosa, y jamás nadie las miraría como a ella. Siempre lloraban, cubriendo sus pétalos de triste rocío. También habitaba aquel jardín una vieja enredadera, que pasaba desapercibida entre las flores. La bella rosa siempre se burlaba de ella, pero la anciana reía ante su maldad. El día que comprendió por qué se reía, deseó no haber florecido. Con la llegada del verano, todas las flores comenzaron a secarse y a morir, acompañadas por la risa cruel de la enredadera. El día que la reina del Retiro perdió su último pétalo, marchito y descolorido, escuchó la risa de la anciana, que decía: "Nunca vio una flor dos primaveras".

3er PREMIO

El bosque de tu recuerdo (Ricardo Carlos Martínez Fischer)

Tiene gracia que fuera en el "Bosque del Recuerdo" donde te vi por última vez y que, en aquellas tardes de paseos, besos al viento y silencios eternos, se llamase "Bosque de los Ausentes", como sabiendo que tus ojos ya me anunciaban tu partida. Fue un día como otro cualquiera, en el que te dio por olvidar el abono de transporte en la mesita de noche y un último vistazo al espejo, y ese minuto, ese maldito minuto, ese tener que coger el siguiente tren. A menudo vuelvo allí, donde tu última mirada, tonto de mí, me cogió por sorpresa, justo cuando tus últimas palabras me abrieron las puertas del firmamento y me asestaron un latigazo de recuerdo nebuloso, cuyo amor larvado me gusta pisar bajo la tierra del Retiro, allí donde está escrito tu nombre.

Conjugando el verbo "vivir" (Ángela Llopis Labanda)

Ella mira hacia la playa y piensa en diversión. Él mira hacia la playa y piensa en salvación. Ella corre por el Parque del Retiro, mientras escucha música en su móvil. Él corre hacia cualquier pacífico parque, mientras escucha explosiones a su alrededor. Ella celebra su cumpleaños rodeada de su familia. Él celebra que cualquier miembro de su familia pueda llegar a cumplir un año más. Ella se lamenta por no tener tiempo ni dinero para poder viajar por el mundo. Él se lamenta por no tener un hogar donde vivir, sin tener que vagar por el mundo. Ella tiene suerte y podrá decidir qué hacer con su futuro. Él tiene suerte y el futuro ha decidido que siga formando parte de él durante un día más. Ella ve las noticias en la televisión cada noche. Él es noticia en la televisión cada noche. Nosotros vivimos. Ellos sobreviven.

Desde mi retiro (Goya Duque Flores)

Siento que he vivido siglos... Del hambre y las epidemias fui testigo, y las guerras me dejaron un poco maltrecho, pero aún resisto. He de reconocer que los años no me envejecen, me añaden esplendor y frondosidad, y la gente me mira asombrada, levantando la vista, pues ninguno es tan resistente y longevo como yo. De mis orígenes sé que se remontan al Nuevo Mundo, a mucho antes del Descubrimiento. Allí, alguno de mis ancestros fue venerado por su valor sagrado. Además, hay quien dice que el mismísimo Hernán Cortés, bajo uno de mis parientes, lloró en su Noche Triste. Procedo de una gran estirpe, lo sé. Pero soy humilde, aunque no me incline ante aquellos que me admiran. Aquí, al otro lado del océano, eché raíces. Este es mi Retiro, donde soy uno más, el *Ahuehete*, el más anciano de sus árboles.

Cecilia (Antonio Cruz Arranz Arranz)

Naciste el día de la música, Santa Cecilia. En tu pueblo castellano se oía el silencio. El campo era tu palacio de música; las dificultades, la batuta; tus seis hijos, la orquesta. Ellos te trajeron a Madrid. Atrás quedaron la guerra, la posguerra, que llenaron de ruido tu pentagrama. El trabajo doméstico, la familia, madre y hermano, un hijo drogadicto, la ciudad, cambiaron tu composición musical. Tu Esteban, ¡qué apuesto con su traje de la Legión!, enfermo de guerra, murió joven, mas tú seguiste componiendo tu sonata. Mujer de pueblo, afrontaste los cambios, que, con frecuencia, no entendías; tus hijos eran la sinfonía que te guiaba. No llegaste a cumplir tu sueño: pintar, ¡como admirabas algunos cuadros de El Prado!, mezclar los colores de tu niñez con los de El Retiro. Viviste noventa y ocho años. Ahora tu música me acompaña; tú pones la sintonía, yo la letra.

Sabios y traviesos (Beatriz Simón Cuesta)

—No es un buen día para visitar el museo —me advirtió Velázquez, pincel en mano. En efecto, cuando entré en El Prado, tropecé con multitud de ángeles inquietos. Había desaparecido el niño Jesús de todos los cuadros.

— ¿Se habrán escondido en *El Jardín de las Delicias*?—dijo una voz.

— Si es así, tardaremos en encontrarlos —suspiró otra.

Pobres diablos, pensé, al verlos escudriñar el tríptico infinito. Sé dónde están. Me dirigí al Retiro y recorrí sus maravillas: títeres y teatros, palacios y lagos, música navegante y barcas ambulantes, Dante y un ángel caído del cielo hablando del infierno, un duende entre fieras y árboles extraordinarios. Finalmente, localicé al niño Jesús y sus réplicas, huidas de viejos lienzos. Corrían en libertad, al margen de ojos escrutadores y ajenos al tiempo. Jugaban con una pelota que lanzaban contra una verja. Cuando un adulto ignorante les regañaba, se defendían:

—Esta puerta es nuestra.

Chismes (Cristina Pamplona Martín)

El claqueteo de la rueda acompaña la cháchara de las mujeres.

— ¿Te has enterado de lo último? —pregunta Palas, mirando a la compañera de su derecha, que no parece saber de qué están hablando—. Pues la condesa de Vilches, que ahora dice que se ha enamorado del autorretrato de Durero, y que quiere que la cambien de sala.

— ¡Pero qué barbaridad!

— Al parecer, está todas las noches erre que erre. Que si está cansada de ser decimonónica, que si ahora quiere ser flamenca...

— Un retrato es lo que tiene, que es todo «yo, yo y yo».

— ¡Shhhhh! Calla, creo que se acerca alguien.

Al guardia de seguridad le ha parecido escuchar algo, pero El Prado está tan silencioso por las noches que la mente suele engañarte. Bostezando, decide dejar atrás Velázquez y volver al Bosco, a ver si encuentra nuevas criaturas en *El jardín de las delicias*.

Tras el espejo de Velázquez (Davinia Heras)

Con un acertado bocado, le arrebató el pincel y salió por la puerta abierta del fondo del cuadro. Golpeando a María Agustina, el mastín había tirado el agua del búcaro sobre la basquiña de Margarita, que, retrocediendo, entre gritos y aspavientos, cayó sobre Isabel, que, fuertemente, empujó a Marcela, cuando, girada, hablaba con el guardadamas. Así, después de que Mari Bárbola regañase a Nicolasito por haber pisado al perro, la reina, resignada, les dio permiso a todos para salir también, pidiendo el rey al pintor que continuara el retrato, ahora que la infanta y las meninas habían salido a jugar por los pasillos del Prado.

140 millones (Héctor Daniel Olivera Campos)

Había viajado a Madrid para impartir una conferencia sobre grimorios en la Biblioteca Nacional y aproveché para visitar el Parque del Retiro. Dada mi predilección por el ocultismo, fotografié la estatua dedicada al Ángel Caído y subí la imagen a Facebook: “Madrid, monumento a Satanás”, titulé. Al salir del parque, me paré ante el Casón del Buen Retiro, cuando alguien, por detrás, tomó mi mano y sentí un violento escalofrío. Al darme la vuelta vi a una vieja tétrica.

- Él agradece la foto. Juega -me ordenó.

Pensé que era una loca. Me encaminé al Museo del Prado. Ante el cuadro de Goya, Viejas comiendo sopa, tuve un sobresalto. La vieja que acababa de ver era idéntica a la que aparecía en el lienzo. Perturbada, regresé a pie a mi hotel. Al pasar ante la administración de lotería *El Gato Negro*, me sentí impelida a jugar al Euromillón. Hice Historia.

Comedia Líquida (Ignacio del Val Alfaro)

Saltando de goleta en goleta, abriéndose paso a sablazos entre la densa humareda, los últimos enemigos fueron arrojados por la borda. Entonces, un pequeño hombrecillo vestido de turco se encaramó a un palo mayor y exclamó a voz en grito: « ¡Y así acaba la gloriosa batalla de Lepanto! ». El Estanque del Buen Retiro, abarrotado, permanecía en silencio. Una bandada de estorninos aprovechó el armisticio para sobrevolarlo. Un niño lloró. Alguien reprochó con un «shhhhh». Las espadas de los actores tintineaban en los cintos, al son de su jadear. Calderón tragó saliva y miró hacia la tribuna real, buscando la aprobación de Su Majestad. El monarca permanecía hierático, tras su regio bigote en forma de W. Transcurrido un eterno minuto, se levantó y aplaudió la escena. Y el público tronó. Calderón se enjugó el sudor y se dirigió al tramoyista, negando con la cabeza: «Siempre me gasta la misma bromita».

Milagro de cristal (Ignacio Martínez Buenaga)

El niño asistió a la tormenta, como hipnotizado. Su paseo por el Buen Retiro se detuvo, de pronto. No era para menos, el cielo se estaba rompiendo en mil pedazos, con truenos de timbal y fuegos de artificio. Llovía a cántaros, y el niño, que seguía extasiado, empezó a imaginar que las gotas eran los vidrios rotos que caían estrepitosamente de aquel cielo que se rasgaba. Y se fijaba en cada gota, como si fuera una lasca de cristal. Así estuvo toda la tarde, viendo cómo se iban acumulando una sobre otra, una sobre otra, una sobre otra. Imaginando lo imposible. Lo que nunca se supo es que la imaginación del niño había hecho posible el prodigio. Aunque nadie le diera importancia. Aunque para todos fuera algo consabido. Que estaba allí porque sí. Y no. Porque allí, en medio del Buen Retiro, había un Palacio de Cristal.

Sobre villanos y héroes (Iván Moratilla Pérez)

Don Agobio te persigue. Para darle esquinazo, el doctor te prescribe "una por la mañana y dos por la noche"; te disuelves en dosis de optimismo prefabricado. Sin embargo, al salir de trabajar un mal día, tropiezas con don Agobio en Atocha; viene acompañado de doña Angustia. Corres. "¡No podrás escapar!", agujonean furiosos; su frío aliento enroscado en tu cuello. Desesperado, te refugias en El Prado. Tus resoplidos alarman a algunos visitantes, que sacuden la cabeza con desdén. Entonces miras al frente y, de repente, las vorágines del tiempo desaparecen. Silencio. Allí están *Las Meninas*. El estridente tictac del reloj se convierte en un esponjoso murmullo. Calma. La respiración se acompasa. Descansas un instante sobre el aterciopelado canapé de las Majas, inhalas el perfume silvestre de *Las Tres Gracias*. Paseas, contemplas paisajes, leyendas, titanes. La brisa del óleo purifica angustias y agobios. Sonríes, triunfante. El arte ha llegado al rescate.

Susúrrame también el título (Jesús Francés Dueñas)

Bueno, definitivamente este microrrelato no me sale. La Maga hizo las maletas y se fue con un trompetista ligero de tres al cuarto. Lo hace cada dos por tres, ella pierde el interés y yo extravío el ritmo de la máquina de escribir. Abandona nuestro ático del Paseo del Prado y me cambia por cualquier mimo del Retiro. O por un pintor de meninas con miriñaque. Y yo, que soy un alfeñique, la perdono. Al final siempre vuelve, pero ya no es lo mismo. Algo se rompe en el viaje. A veces, regresa con un beso de menos o con el baúl de las rutinas más grande. La cafetera ya no suena a *Minuetto* de Boccherini, pero el despertador sí acaricia mis orejas con su sirena de petrolero. En fin, tengo que hacer hueco. Esta noche viene. Ha prometido susurrarme ciento cuarenta y nueve palabras al oído. Será suficiente.

Jean Valjean (Jorge Viejo Casas)

Guarda silencio. Pegado al muro, intenta ralentizar su respiración. La noche ha caído ya, las luces de la ciudad comienzan a ser la única vía para ser descubierto. Con el paso del tiempo, cada vez es más audible el característico zumbido de las farolas. Se está haciendo verdaderamente de noche. Los guardias ya han pasado su última ronda. Es el momento de dar el primer paso, tras horas agazapado. Crujen las ramas bajo sus pies, pero nada sucede. Está solo. Verdaderamente solo. Camina sobre la hierba, prudente. Deja atrás el paseo de las estatuas, y llega al lago. El rumor del agua contra la piedra le acompaña. Encuentra, al poco, el lugar perfecto. Justo en el centro del Retiro, la luna creciente en lo alto. Se sienta, apoyándose en un gran abedul. Saca la linterna y el libro de su zurrón. Así es como se lee *Los Miserables*.

Parece que anda suelto Satanás (José López Cuellar)

El desempleo le ocupa los días sentado en un banco, junto a la fuente del Ángel Caído, en el Parque del Retiro. Contempla su propia imagen en el rostro atormentado y la contorsión sobrecogida del Diablo. El mismo pesar y el mismo oprobio. Él también ha sido expulsado del paraíso capitalista. Una mañana, a los pies del pedestal, duplica con su cuerpo la postura de Satanás, con sus alas de bronce y la serpiente que enrosca su infortunio. De esta forma se incorpora, estático, a la nutrida nómina de estatuas humanas del parque. Extiende en el suelo una tela para rogar su salario solidario. Al ruido de las monedas, se despierta el Lucifer de cobre y estaño e intercambia su esencia con la del parado. Cuando acaba la jornada, el demonio recoge lo recaudado y se da una vuelta nocturna por Atocha.

Nadie hace pie en la laguna Estigia (Laura Urbina Muñoz)

Mil miedos habían boicoteado mi sueño la noche anterior; un clásico cuando salgo de excursión. Fantaseé desde niños extraviados, hasta deditos curiosos recorriendo los pliegues de la falda de una menina. Soñé todas las pesadillas imaginables, menos la más atroz y la única que resultó verdadera. Mientras desfilábamos, en fila de a dos, por las salas del Prado, la pequeña Victoria rompió la disciplina y se quedó petrificada bajo una obra de Patinir. Examinó con pavor la indecisión de un Caronte que no sabe muy bien si remar en dirección al infierno o acercar a un alma, minúscula y asustada, a la otra orilla. Intenté protegerla con un abrazo y, al apretarla contra mi pecho, comprobé cómo se desbocaba su corazoncito. Confundida y entre lágrimas me preguntó quedo lo mismo que a la mujer que la ayudó a descender de la patera, si se encontraba en el lado bueno.

Contingencia (Lluís Talavera)

Aquella tarde en que salió del Parque del Retiro por la Puerta de Madrid en lugar de la de Hernani, que era la habitual, ocurrió algo extraño. En casa, le recibieron una mujer y unos hijos que no eran los suyos y, aun así, parecían reconocerle. Llevado por la curiosidad, decidió pasar allí la noche. Por la mañana, volvió al Parque, lo abandonó por la salida de siempre y se reencontró con su familia. La experiencia de una existencia dual le resultaba emocionante y, durante un tiempo, alternó ambas puertas, hasta que un día, volviendo de su segunda vivienda, encontró el parque cerrado. Temeroso de perder definitivamente su vida original, probó suerte saliendo de casa por la puerta de atrás, con la esperanza de retornar a su propia realidad. Todavía habita indeciso una nueva versión del parque en la que no hay Puerta de Hernani ni de Madrid.

Evasión (Luis Antonio Beauxis Cónsul)

Al amparo de la penumbra del crepúsculo vespertino, a duras penas, consigo descender de esa elevadísima plataforma en la que me han colocado para exhibirme, como si fuese una especie de atracción de feria, ante la multitud de paseantes curiosos. Aprovechando un momento de distracción de mis feroces guardianes, me deslizo furtivamente a través de esas columnas, que no son otra cosa que los barrotes de la cárcel de mármol en que he sido recluido, contra mi voluntad, y me escabullo entre castaños de Indias y plátanos de sombra, silenciosos cómplices que cobijan mi evasión. Me desplazo zigzagueante, evitando las sendas principales del Retiro, en mi afán de no sufrir encuentros desagradables. A punto estoy de alcanzar la majestuosa Puerta de la Independencia, que representa para mí la libertad tan ansiada, cuando escucho a mis espaldas aquellas palabras fatídicas: “¿Dónde vas Alfonso XII? ¿Dónde vas, triste de ti?”

Mi Buen Retiro (Margarita Rubio)

Mi Retiro era sinónimo de pan duro y patos, de improvisadas cabañas que duraban una tarde de enero y de Cenicientas ausentes en palacios pequeños, donde los nenúfares vigilaban, sin mucha profundidad, la barandilla de todos los abuelitos asomados. Mi Retiro era, incluso, un más allá hecho de viuda vendiendo pipas, caramelos de menta y, a veces, coco. Nuestro Retiro fue aula de ganchillo y repostería vegetal para muñecas con la boca abierta, y por sus pavimentos torneados con ruedas de bicicleta y paseos de perro sin collar, regresaba el sol a su guarida, de puntillas, todos los sábados por la tarde, para dejar mi Retiro vestido de farola, pijama y misterio.

El músico (Miguel Ángel Moreno Cañizares)

La mañana que Fidel se presentó en el Retiro con su guitarra, nada presagiaba lo que sucedería. Luciendo una sonrisa perenne que dejaba ver unos dientes blanquísimos, se instaló junto a la barandilla y sus dedos comenzaron a rasgar las cuerdas. Tras los primeros acordes, un encantamiento se apoderó de los curiosos que se arremolinaban para admirar a quien emitía una música tan envolvente. Al escucharlo, recordaban los anhelos secretos. Evocándolos, unos enhebraron los versos aparcados de la adolescencia; otros quedaron absortos contemplando a Alfonso XII. Un anciano vio pasar la vida ante él. Todos cuantos oían la música de Fidel recibían la caricia de la espiritualidad. Cuando dejó de tocar, los presentes, cautivos de unas anodinas existencias, le rogaron que prosiguiera. Fidel depositó entonces el sombrero en el suelo, que, al instante, se llenó de mensajes. El anzuelo de los sueños había obrado su magia en el Estanque Grande.

Reina de cristal (Purificación Ruiz Gómez)

Era entrar en El Retiro, y el corazón le daba un vuelco mágico. Sus pies se aceleraban, como en la niñez, para tocar con la mirada la frágil silueta del Palacio de Cristal. Un espacio que ella había convertido en la casa de las hadas y los duendes. No existía un edificio más bello. Ni más desnudo y transparente. Tanto, que solo podían habitar los seres invisibles y fantásticos. Los veía volar, vestidos de reflejos y luces. En un escondite solar lleno de destellos. Se sentía Reina por un día en el lugar donde se retiran a tomar forma los sueños y a descansar las razones, mientras la imaginación y las emociones cristalizan en prismas de colores, impregnada por el verdor y la frescura que envolvía sus paredes traslúcidas. Ella fue infanta, princesa y, ahora, soberana de cristal... Por mucho que algunos se empeñaran en llamarla "sintecho".

Ángel Caído (Ismael Sobrino Tena)

Un par de alas membranosas cubrieron el cielo de Madrid. Sin embargo, a pesar de su grandeza, nadie lo vio; pues nadie miraba al cielo a las tres de la madrugada. Aterrizó sobre un caballo de bronce alzado sobre un gran pedestal, y observó el Retiro. Con su visión sobrehumana, pudo distinguir entre los árboles algo que captó su atención. Con un leve batir de alas, voló hasta allí. Se trataba de la fuente del Ángel Caído. Al verla de cerca, se hinchó de orgullo. Reconoció sus antiguas alas, cubiertas de plumas, que los fuegos del infierno habían quemado; y su rostro, vuelto hacia Dios, clamando venganza. El Diablo sonrió. «Los humanos me admiran, me respetan, me temen... Por eso me hacen monumentos».

«Te entiendo, a mí me pasa lo mismo».

El Diablo miró a su alrededor y distinguió a quien había hablado: la fuente de la Alcachofa.

Retirada (Raúl Garcés Redondo)

Cuentan que en la visita del embajador inglés al Buen Retiro quedó tan fascinado por la belleza de sus jardines y estanques, teatros y aves exóticas, como por la hermosura de las damas de la Corte española. Así el noble extranjero, no dudó en poner en práctica sus habilidades en el arte del cortejo. Algo que irritó sobremanera al monarca castellano, Felipe IV. Pero aquel demostró no temer a la ira regia. Hasta que llegaron a sus oídos unas coplillas que corrían por las plazas y tabernas de la villa de Madrid. Entonces, demudado el rostro y sin explicación alguna, decidió adelantar su partida. He aquí los versos, atribuidos a Quevedo: Ya que osas pavonearte delante del soberano con tus plumas de colores oh, gallardo cortesano, sabed bien que “El Gallinero” de agrandarle orden ha dado ya que no hay en el Palacio espacio para dos gallos.

Más cacahuetes (Rocío Cuevas Calderón)

Su piel estaba cuarteada como la tierra seca. Una gran montaña de memoria y carne. Con infinita parsimonia, se levantaba cuando nos veía llegar, se plantaba delante de nosotros, moviendo la cabeza, como si fuera un péndulo, y nos miraba, creo, porque nunca vi sus ojos, ya que sus enormes y polvorientas pestañas los ocultaban. Todos los días, a la salida del colegio, le llevábamos cacahuetes, jugábamos ocultándolos en los bolsillos de nuestros babis. Era increíble con qué habilidad su trompa rebuscaba y rebuscaba, hasta encontrarlos. Mientras, no parábamos de reír. Me gustaba pensar que se ponía contento al vernos cada día, y que alegrábamos un poco su monótona existencia. Nunca supe cómo se llamaba, nunca supe tampoco de dónde procedía. Lo único que sí sabía con once años, era que le encantaban los cacahuetes y que era el animal más extraordinario de la Casa de Fieras del Retiro.

Verdad verdadera (Sandra Monteverde Ghuisolfi)

Aquella caminata por El Retiro tenía algo de catártico. Laurita necesitaba desesperadamente arrojar, muy lejos de su mente y de su corazón, aquel sentimiento nefasto que la corroía lentamente. Se decía a sí misma que no podía ser tan cruel, que la verdad debía morir con ella. Luego imaginaba la cara de mamá y papá; sabía muy bien que jamás le perdonarían que hablase. Cuando el monstruo de los celos se le desbocó, le fue imposible pensar. Pepa miraba con adoración a su hermana mayor, mientras ésta derramaba lágrimas de desesperación. Ya sin control, las palabras escaparon a borbotones: “No te daré detalles porque te quiero mucho, pero yo soy hija única, que lo sepas: tú eres adoptada”. Ignorando sus orígenes barriobajeros y las palabras hirientes, Pepa volvió a demostrarle a su hermana que el amor incondicional es posible. Y lo hizo lamiéndole la cara y moviendo el rabo.

Mundial del 74 (Agustín García Aguado)

Nos juntábamos medio barrio de Atocha para jugar los mundiales de Alemania con nuestras chapas enceradas. Los de octavo tenían la suerte de jugar en el estadio olímpico, justo al pie de la estatua de Velázquez. Era el mejor campo, sin duda. Los más pequeños estábamos obligados a fajarnos, con malas artes, bajo la polvareda de la estatua de Murillo. A mí me tocó Zaire, así que ya me imaginaba lo peor. Jugué contra Polonia, con Lato y su mágico 10 en su dorsal, nada menos, pero tuve suerte y el garbanzo entró siete veces en la portería de Fischer. Seguí ganando partidos, casi sin proponérmelo. Hasta que la vi a ella, con su caballete y sus pinturas, sentada sobre un banco del Prado. Allí acabó el mundial para mí, pero empezó algo más hermoso. Cuarenta años después, escribo novelas larguísimas, solo para recrear aquel instante mágico.

El último tren (Alberto Palacios Santos)

Acompañada de Isabel de Velasco, recogiendo el guardainfante y remangándose la basquiña, Margarita de Austria huye del instante donde estaba recluida. Nadie repara en la infanta que, junto a su dama de honor, sale del museo y toma el Paseo del Prado en dirección sur. Nada recuerda ese paseo al Prado de los Jerónimos donde, en primavera, la infanta acompañaba a los reyes al Palacio del Buen Retiro o a visitar los monasterios que cercaban Madrid en 1656, año en el que Diego Velázquez las dejó atrapadas en un escenario eterno. Las dos chiquillas corren entre las miradas de esas gentes que, durante siglos, las han admirado desde el otro lado del lienzo y que, ahora, las ven correr en dirección a la vida. Cuando los responsables del museo se dan cuenta de que en Las Meninas faltan dos personajes, Margarita e Isabel ya han cogido un tren en Atocha.

El paseo de Margarita (Ana Carmen González Brenes)

Cae la noche en El Prado y la infanta Margarita se deshace de sus meninas: quiere que su padre, Felipe IV, la lleve a dar un paseo en la grupa de su caballo. Huyen de la algarabía de los borrachos de Velázquez, que no alteran el descanso del somnoliento Jacob, y trotan por el largo pasillo que recorre la planta. ¡Hay tanto que ver! Santidad y vileza, jóvenes y viejos, barcos y flores que se mueven bajo el viento que insufla vida a las pinturas. Margarita no puede resistirse a la jugosidad de la fruta de un bodegón y roba una manzana. Satisfecha con su travesura, acepta que su padre la devuelva a sus guardianas y se resigna a ser, un día más, la estrella de la sala.

La obra y el paisaje (Víctor Garne Miravete)

El eco de sus pasos apresurados retumbaba en los silenciosos pasillos. Mantenía las alas recogidas y la atención en alerta, para evitar tropiezos en su salida. Fue consciente de que, aquella noche, se había recreado en exceso observando, con envidia, las obras. Estaba a un paso de acceder a la ventana abierta, cuando alguien se interpuso en su camino. El vigilante, con un imponente bigote y pincel en alto, detuvo al intruso.

—Apártate de mi camino —ordenó extendiendo las alas.

—He oído hablar de ti, pero creía que era un bulo.

—No me demores, va a amanecer en breve.

—Así que accedes por esta ventana... ¿Qué buscas en El Prado?

—No lo sé... Simplemente os observo. En aquel parque el protagonismo lo absorben el paisaje y la tranquilidad.

Velázquez bajó el pincel y se echó a un lado.

—Hasta esta noche, Ángel Caído, si accedes por la entrada, nos veremos.

